

EL MUNDO

INTELIGENCIA/MARC LAMBRON

Revelan balas asesinas a una nación

PARÍS

Después de unos cuantas salvadas de Kalashnikovs, somos testigos del giro del vapuleo francés a la tragedia del homicidio francés. Ha habido un intento de asesinato contra el presente, pero también contra el pasado.

Francia escenificó su gran revolución en 1789 para derrocar el poder de la monarquía y la autoridad del clero católico. En la mitología de la República Francesa, la ciudadanía ocupa un primer lugar y la religión un segundo.

Es por ello que los ciudadanos galos tienen tanta dificultad para entender la democracia estadounidense: la ven como una caricatura, como la obra de clérigos holandeses quienes juraron sobre la Biblia y estamparon "In God

Marc Lambron es escritor y miembro de la Academia Francesa. Envíe sus comentarios a intelligence@nytimes.com.

We Trust" (En Dios Confiamos) en el papel moneda, embriagados de justicia divina cuando esclavizaron y luego maltrataron a la población afroamericana hasta que aparecieron en escena el Presidente Abraham Lincoln y Martin Luther King, Jr.

Francia no tiene un gusto por las teocracias, y a las teocracias no les agrada Francia. Esa es la razón por la que, inspirados por el espíritu de Lafayette, quien peleó con los estadounidenses en su revolución contra Gran Bretaña, Francia frecuentemente interviene militarmente en países donde la libertad se ve amenazada por fanáticos religiosos.

En estos momentos, Francia tiene tropas en Malí, Iraq y Siria. Es un País donde en un solo día, uno puede asistir a una misa católica, compartir una comida de blintzes con un amigo judío y en la noche disfrutar de un sabroso couscous marroquí. Nuestra relación con otras religiones es

casi gastronómico, de la misma forma en que uno puede apreciar los vinos de Alsacia, Burdeos y Borgoña.

Obviamente, tal pluralismo no es del agrado de los fanáticos. El ataque terrorista contra Charlie Hebdo no es un ataque contra Voltaire, quien defendió el derecho democrático de ridiculizar y blasfemar contra intereses poderosos. Los jihadistas atacaron la redacción del periódico más irreverente de Francia; es como si la mafia hubiera rafagueado al Algonquin Roundtable, el célebre grupo de escritores, críticos y escritores, en los 30, apagando las mentes más mordaces de Estados Unidos en un solo golpe: entre ellos Dorothy Parker, Robert Benchley, Harpo Marx, Edna Ferber y Harold Ross, fundador y editor de la revista The New Yorker.

Eso es lo que hemos perdido. Pero estos terroristas también atacaron a una tienda kosher:

claramente un acto de antemitismo, pero asimismo un acto contra la libertad constitucional de practicar una variedad de religiones.

Esto colocó a esos islamistas en la misma categoría que los nazis, quienes quemaron libros antes de quemar judíos. En nuestras mentes, coloca a este sangriento enero en el territorio del 11 de septiembre. Sin embargo, la complejidad de Francia presenta un problema para esos asesinos. El País tiene una población de 66 millones, de los cuales 6 millones son musulmanes. Cuando disparas contra un francés hoy, hay casi una probabilidad entre 10 de que la bala dará a un musulmán.

Y eso es precisamente lo que ocurrió: entre los 17 muertos en los ataques, un corrector-tipógrafo se llamaba Mustapha y un policía se llamaba Ahmed. Si asesinan a humoristas, policías, judíos, musulmanes, católicos y ateos, están tratando de matar la

diversidad francesa.

Con sus balas, los asesinos dejaron al descubierto un retrato de una Nación.

Esto probablemente sea la clave para entender el inmenso movimiento de encono y pesar que ha envuelto a este País, que espontáneamente realizó la manifestación más grande en su historia, con casi 4 millones de personas en las calles. Nadie quiere que Francia se convierta en una miniatura del Medio Oriente, donde cristianos iraquíes, ciudadanos israelíes y musulmanes moderados son blancos.

Los policías, por lo general no muy populares, fueron aplaudidos por defender a una sociedad que permite que sus ciudadanos hablen mal de ellos.

Pero hay algo más profundo en juego. Desde 1945, las democracias han entrado en una era postheróica. La muerte es mantenida a la distancia; la economía se mantiene en primer plano.

Internacionalmente, Francia es evaluada bajo criterios establecidos por agencias de calificación crediticia, como Fitch o Moody's. No se habla ya de Voltaire, sino sólo de "activos". Pero de repente, han regresado héroes a nuestra sociedad postheróica. Son satíricos libertarios que pelean con un lápiz y policías que defienden a la República de ataques asesinos.

Durante una semana entera, los canales de TV galos dejaron de hablar de parámetros presupuestarios y sólo hablaron de parámetros de valentía. No más evasión fiscal, sólo resistencia. En términos estadounidenses, adiós Dow Jones, hola Patton.

La barbarie, luciendo el rostro de la muerte, nos brinda razones nobles para comportarnos con dignidad. Y cuando todo mundo halla en su interior la dignidad de resistir, el "no" a la barbarie se transforma en un "sí" al honor de estar vivos.